LA INTRIGA MAS EXECRABLE,

Ó SEA

JULIA DE BLECIN

DRAMA SENTIMENTAL,

ESCRITO EN ITALIANO

Por Antonio Morrocchesi

Autor

De las herrerias de Marema, el Fingido Ciego de la Encina y otras piezas teatrales que han merecido la aceptacion general en todos los teatros de España.

Segunda edicion.



Barcelona.

Libreria de M. Saurí y Compañia.

1832.

PERSONAS.

Julia, esposa de....
Leonardo de Blecin.
Luis hijo de ambos.
Ambrosio, antiguo criado de la casa.
Ferrante, conde de Floranse, padre de Julia.
El Conde Oderson.
Alejandro, su confidente.
Francisco, ayuda de camara de Oderson.
Otros criados de Oderson que no hablan:

La escena pasa en el castillo de Oderson y sus cercanias.

Con licencia : Barcelona Julio 1832. Impreso por Saurí y compañía.

Al Lector.

Antonio Morrochesi, autor de este drama y de otros que se han representado con aplauso en todos los teatros de España, entre los cuales se cuentan las Herrerias de Marema y el Fingido ciego de la encina, hablando del presente, dice: « Si una constante felicisima aceptacion bastase para calificar de buena á una composicion teatral, estoy cierto que la presente podria contarse por una de las mejores, supuesto que Alejandria de la Paglia, Mantua, Verona, Pavía, Pèsaro, Rimini, Cesena, Forli, Ravena y Faenza la vieron y la aplaudieron. Venecia y Bolonia aumentaron á su favor los lisongeros aplausos en sus repetidas representaciones. Turin y Milan sobre todo fueron pródigas de sus favores con mas generosidad que todas sus ilustres hermanas. En la primera de estas dos ciudades se representó diez dias consecutivos y en la otra once, mereciendo siempre la aceptacion del tribunal de público: pudiendo finalmente decir que bajo

la direccìon mìa nunca se presentó en las tablas sin ser recibida con la mayor benignidad de los espectadores. ¿ Con todo eso, podrá lisongearse la pobre de ser digna de los ilustres partidarios de Palas ? No, lector benigno, no. Se tendrá, créeme, por bastante satisfecha, si tu tienes la paciencia de leerla toda y disimular sus defectos.

LA INTRIGA MAS EXECRABLE,

Ó SEA

JULIA DE BLECIN.

ACTO I.

El teatro representa un gran prado con sitiales de piedra lateralmente colocados: al frente un Palacio feudal antiguo, de arquitectura gótica con muros y almenas.

ESCENA I.

Ambrosio solo, saliendo del palacio.

Amb. Si prosigue de este modo, dentro de pocos dias le perderémos sin remedio. ¡ Pobre amo mio! (*apoyandose en un sitial.*)

ESCENA II.

Alejandro, y dicho.

Alej. (*que viene de la campaña.*) Aquel hombre que alli se apoya abatido... No, no me engaño, es Ambrosio... Buena ocasion para descubrir terreno. Ambrosio?

Amb. Buenos dias, Alejandro.

Alej. Siempre triste y pensativo? Qué te aflige?
Amb. Nada. Pero mi buen amo... ¡ Oh Dios!
Alej. ¿Qué hay de nuevo?
Amb. ¿Ignoras su desgracia?
Alej. Pobre Sr. Leonardo! ¿que le ha sucedido?
Amb. Te haces el desentendido... eh?
Alej. De veras no te comprendo.
Amb. Tú solo ignoras una cosa, sabida en toda la Provincia?
Alej. Tal vez quieres hablarme de la señora Julia?
Amb. De quién pues?
Alej. Tratándose de una época bastante remota, no es estraño que mi memoria... Pero Ambrosio, ¿querrás creer que de una catástrofe tan memorable, cuya noticia se ha divulgado en todos los ángulos de la Provincia, como acabas de decir, sé solamente el principio?
Amb. ¿Qué quieres significarme con esto? ¿Tal vez, no sabes que yendo un dia el señor Leonardo á caza, vió casualmente en la era de uno de sus labradores à una muchacha bella, respetuosa y amable, que en un momento interesó su corazon? ¿Qué la trajo consigo á esta Quinta, y presentándola á su padre, obtuvo el que quedase en su compañia?
Alej. Sé tambien, que Leonardo se enamoró ciegamente de ella hasta llegar á darle la mano de esposo.
Amb. Pobrecita! lo merecia.
Alej. Lo mismo digo yo. ¿Qué culpa tenia aquella infeliz de que el conde Ferrante

su padre, hubiese sido uno de los primeros autores de las turbulencias de la Escocia?

Amb. Sobre este punto, nuestras leyes son demasiado severas. Por un solo delincuente padecer una familia entera! Era muy justo que el conde Ferrante fuese infamemente desterrado del reyno; mas paraqué perseguir á la familia hasta su esterminio? Sin la proteccion del Sr. Leonardo, la inocente Julia ó hubiera muerto de dolor y de miseria, ó hubiera quedado para siempre envilecída entre la hez del pueblo.

Alej. Me parece tambien haber oido decir que un año despues de su matrimonio, habiendo Julia dado á luz un gracioso niño, pudo obtener de su suegro y de su esposo la gracia de que ambos unidos se interesasen á favor de su padre.

Amb. Oh! ¡Cuanto se empeñó particularmente el señor Leonardo, para alcanzar del rey la gracía de que el conde Ferrante regresase á su patria! El supo aprovecharse de la feliz coyuntura, de que nuestra reyna diese igualmente á luz el sucesor del trono.

Alej. Cabalmente: y al regreso de Ferrante sé cual fué la alegria de todos, y que se formó al instante de dos una sola familia. Ahora me falta saber como desapareció Julia: que es de ella al presente: porque su padre vive léjos de estos contornos, porque Leonardo está tan afligido, y otras cosas semejantes.

Amb. Sus indiscretos zelos le hicieron tal vez injusto con su esposa, y esto ofendió sumamente á su suegro. Un dia se incomodaron reciprocamente. El uno se arrepintió

de haber arrancado á Julia del seno de la indigencia, y el otro maldijo el instante en que habia formado tan fatal amistad. El conde Ferrante partió aquella misma noche, y jamas se le ha vuelto á ver. Entre tanto los zelosos estremos de Leonardo tomaban cada dia mas incremento, hasta hacerse intolerable.

Alej. Pero tenia motivos para ello?

Amb. Se dice que un espíritu maligno, á quien él creia su amigo, daba fomento y pábulo á su frenesí, suponiendo y haciéndole entender que Julia miraba con interés á un cierto conde, llamado Carlos Dubois, natural de Marsella, el cual entónces se hallaba en nuestro pais.

Alej. (Y este espíritu maligno era mi amo.) Proseguid.

Amb. Un dia al anochecer, el conde Alberto, padre de Leonardo, quiso salir con Julia á divertirse ácia la esplanada del parque, distante de aquí cerca de una milla; y no han parecido mas.

Alej. Me interesa la historia.

Amb. Despues de haberles en vano aguardado por bastante tiempo, salió Leonardo á ver si les encontraba, y solo halló... ¡qué horror!

Alej. Acaba.

Amb. A su padre asesinado en medio del camino.

Alej. ¡Caso estraórdinario! (Tambien esta fué obra de mi amo!)

Amb. Se ha sospechado despues que el conde Ferrante hubiese tenido parte en este horrible atentado; pero nada se ha podi-

do indagar: puesto que en aquel mismo dia se sabe de positivo que se hallaba en el castillo de Barlon, distante de aquí mas de treinta leguas. Verdad es que el jóven Marsellés desapareció de nuestro pais la siguiente noche, y se conjetura que en compañía de Julia; pero se ignora el camino que tomaron.

Alej. Motivo tiene tu pobre señor para estar tan afligido; le compadezco.

Amb. ¡Y que vida es la suya! No habla con persona alguna, con nada se divierte, come poco, duerme ménos, delira mucho, y llora continuamente.

ESCENA III.

Luis y dichos.

Luis. Ambrosio, corred por piedad: mi infeliz padre está en su cuarto en un horrible abatimiento: primero ha regañado muchisimo, murmurando algunas palabras que no he podido compreender. Toda la familia está alborotada; padre pregunta por vos: venid, venid.

Amb. Seria tal vez?....

Luis. Por caridad no os detengais mas.

Amb. Pobre amo mio! (*Vase*)

Luis. ¡Infeliz padre! (*Vase*)

Alej. Vamos; nada se sabe, nada: puede vivir seguro el conde Oderson, que ese fatal secreto no ha salido de los misteriosos muros de su castillo... Pero como vá el mundo! Leonardo le quiere, en él solo tiene puesta su confianza, y él solo es el orígen de sus desgracias.

ESCENA IV.

Ferrante en trage de mendigo con larga y cenicienta barba y cabellera, y dicho.

(*Ferrante, sale encorvado y paralítico, como un viejo débil.*

Fer. Dios os guarde, buen hombre.

Alej. Buenos dias, amigo...

Fer. Una limosna por caridad.

Alej. Dios os ampare, hermano. (*Vase.*)

Fer. (*Toma su estado natural.*) Tienen razon los miserables de quejarse de los ricos: « id en paz, perdonad, hermano: no puedo socorreros," son las ordinarias generosidades qué les dispensan. Ah! si todos los pudientes vistiesen, como yo, el trage de la indigencia por algunos dias, advertirian cuan cierta es la dureza de sus corazones, y tal vez, tal vez serian mas compasivos. Esta es la quinta del conde de Blecin; este el asilo donde un dia se celebró la boda de mi querida hija, donde la alegría, el amor conyugal, el afecto paterno se vieron en su colmo, y donde por los indiscretos zelos de un marido furioso se trocaron estas suaves delicias en luto y amargura. No... Jamas creeré yo que mi hija fuese culpada... era de una índole escelente, y nó podia... peró basta... esto no es del caso: si con la prudencia de un padre tierno, que defiende la causa de su propia hija, puedo, cubierto con estos andrajos, adquirir noticias favorables para ella y para mí, entónces me presentaré á

Leonardo; y si no, lleno de dolor, de afan y de verguenza, iré peregrinando por el mundo, para acelerar la muerte, y poner con ella fin á tanto padecer. (*Viendo salir gente del castillo, se encorva de nuevo y se sienta en uno de los poyos.*

ESCENA V.

Leonardo, Ambrosio, Luis, y otros criados todos salen de palacio.

Leon. Partid, os digo: á ninguno de vosotros necesito. (*Todos los criados se van escepto Ambrosio.*)

Luis. Ah! ¿Tambien me echais á mí de vuestro lado.

Leon. Tú el primero... que llevas grabada en tu frente la imágen de... vete, huye de aquí.

Luis ¡Infeliz! Dadme la muerte ántes que oprimirme con tanta crueldad.

Leon. (*Le mira enternecido.*) Ah! que soy el hombre mas desgraciado que exista!

Luis. Amado padre mio, qué delito he cometido yo?

Leon. Déjame, hijo mio, déjame, si me amas.

Luis. Abrazadme primero, alentadme con vuestra paternal bendicion. (*Se arrodilla.*)

Leon. Si, criatura inocente, yo te bendigo con toda la efusion de mi alma.

Luis. Dadme un abrazo.

Leon. Si... y mil, querido mio, y mil. (*Le abraza muchas veces,*)

Luis. Ahora parto tranquilo.

Leon. (¡Pobre muchacho !

Luis. Os estaré esperando.

Leon. Si , querido mio , si.

Luis. Mi querido padre me ama ! no esta ya irritado conmigo ! me abraza y me acaricia ! ¡ Qué hijo pues habrá mas feliz que yo ! (*Vase*)

Fer. (El es , no hay duda.)

Leon. Que estado el mio ! ¡ Que dura existencia !... Y yo puedo tolerarla !

Amb. Mi querido señor.

Leon. No te has ido con los demas ? ¿ Así se obedecen mis órdenes !

Amb. Perdonadme : yo temia...

Leon. No me repliques : vete.

Amb. Como gusteis. (*Vase.*)

Leon. Ni me permiten una hora sola de libertad... Y qué quieren ? Qué exigen de mí ? Despues de haberme privado de mi padre , y de mi esposa... Y yo , á mi pesar , me veo obligado á pronunciar su nombre ! ¡ Débil corazon mio ! Porqué lo llevas á mis labios con tanta frecuencia !... Recuérdame el nombre de un querido y respetable padre ; mas no el de una muger pérfida , mentirosa , inconstante , que detesto , que aborrezco , y para cuyo esterminio siempre llevaré fijamente clavado en mi alma el horrible deseo de la venganza. (*Volviendose y viendo al viejo.*) Qué haces tú aqui ?

Ferr. Descanso un rato , esperando algun corazon compasivo que quiera darme socorro. (*afectando la mayor decrepitud.*)

Leon. ¿ Quién eres ?

Ferr. No lo veis ? un miserable.

Leon. Y buscas piedad en este sitio?... Huye, infeliz... este es el asilo de la ferocidad.

Ferr. Perdonad... no puedo creerlo.

Leon. Yo soy su dueño... y te lo aseguro.

Ferr. Vos Leonardo, hijo del buen conde Alberto!

Leon. Qué? Has conocido tu acáso á mi padre?

Ferr. Oh cuanto!... Me ha socorrido tantas veces...

Leon. Y en dónde?

Ferr. En Boston.

Leon. Te creo porque tenia un corazon generoso.

Ferr. ¡Cuantos rasgos de beneficencia no se refieren de él!

Leon. Toma. (*Le da una moneda*)

Ferr. Una moneda de oro!... Perdonad; no la admito.

Leon ¡Qué significa esto?

Ferr. Yo pido limosna para subsistir, y no dispenso elogios para comerciar. Si no hubiese hablado bien de vuestro padre, no hubiera merecido de vos esta moneda.

Leon. Sois muy delicado.

Ferr. Soy muy discreto.

Leon. Y por consiguiente el Fénix entre vuestros iguales.

Ferr. Yo el Fénix entre los pobres por discrecion, como vos el Fénix entre los ricos por generosidad.

Leon. De dónde vienes ahora?

Ferr. De la provincia de Barlon.

Leon. De Barlon efectivamente?

Ferr. Qué hay en esto de estraño?

Leon. Con que habreis oido nombrar allí á un tal conde de Floranse?

Ferr. Es mi principal bienhechor.

Leon. Pues qué? le conoces?

Ferr. Tanto como á mí mismo.

Leon. ¿Qué vida lleva entre aquellos riscos?

Ferr. Pocas veces sale de su albergue, da acogida á todos los miserables, socorre á los necesitados del pueblo, llora la pérdida de su esposa, y especialmente y con mayor sentimiento la de su querida hija Julia.

Leon. Cómo sabeis todo esto?

Ferr. Tuve el honor de merecer algunas veces su confianza. En un pais sin sociedad como aquel, si encontraba á alguno con quien pudiese conversar un rato, le comunicaba sus penas, le dispensaba su amistad.

Leon. Hablaba jamas de mi familia?

Ferr. Muchas veces.

Leon. Y de qué modo?

Ferr. Debo ser sincero?

Leon. Tal os deseo.

Ferr. Elogiaba al padre, y detestaba al hijo.

Leon. Y sabeis vos el motivo?

Ferr. Por cierto enlace contraido por su única hija, á la que tanto amaba.

Leon. Si... y demasiado la amaba; demasiado.

Ferr. Perdonadme, señor: nunca es escesivo el amor de los padres para con sus híjos. Indigente cual me veis, tambien gozo del dulce placer de ser padre, y amo á mi familia de un modo indecible.

Leon. Y qué motivo tenia para detestarle?

Ferr. Decia que sus indiscretos zelos habian perdido á su hija.

Leon. Ah! que vos me traspasais el pecho.

Ferr. (He penetrado tus intentos, hombre cruel!)

Leon. Pero vos descubris una educacion, que...

Ferr. Ah señor! tuve educacion y principios: pero un golpe de fortuna adversa me redujo á este estado.

Leon. Y porqué si tanto amabais á Ferrante, le abandonasteis?

Ferr. Por el mismo motivo por el cual he despreciado la moneda de oro que me disteis.

Leon. Os entiendo, y me sorprendeis. ¿ Cuánto tiempo hace que os ausentasteis de Borlou?

Ferr. Hace cerca de un mes.

ESCENA VI.

Oderson y dichos.

Oders. Mi querido amigo! Dame un abrazo, y te dejo... (*Ferrante se retira, y vuelve á sentarse.*)

Leon. ¡ Con tanta priesa vienes á verme hoy?

Oders. Si te hallase una sola vez tranquilo, jamás te abandonaria.

Leon. Tienes razon; yo comunico mi fatal melancolía á cuantos tienen la desgracia de acercarse á mí; pero mi cruel destino...

Oders. El hombre debe hacerse superior á las desgracias. Finalmente, ¿ cual es, Leonardo, la causa de tu afliccion? Una muger que ni aun merece el que te acuerdes de ella. La impresion que debe producir en tu alma el desgraciado fin de tu padre, es

verdaderamente sensible; pero no tienes la culpa, y es preciso reflexionar que todos debemos morir...

Leon. Oh infeliz y querido padre! Y cuan deplorable es mi situacion!

Oders. Si te hallase razonable y prudente, quisiera participarte... ¿Mas quién puede confiar en tu exasperado genio?

Leon. Habla, amigo, te prometo ser discreto.

Oders. Pero no me cumplirás la promesa.

Leon. Me siento capaz de poderla cumplir.

Oders. Oyeme pues... pero no, no quiero aumentar tus penas.

Leon. ¿Qué otra desgracia me puede sobrevenir que sea mayor que las pasadas? Habla.

Oders. Desgracia! Antes yo la juzgo una fortuna, pues te libra de una cruel incertidumbre y te descubre el infame carácter de aquella, por quien derramastes tan amargas lágrimas.

Leon. Has tal vez finalmente sabido?...

Oders. En donde está y cual vida lleva.

Ferr. (¡Qué escucho!)

Leon. (¡Infeliz de mí!)

Oders. Lee esta carta. Que ella te saque de tu letargo, y te restituya la razon. El llorar por un objeto inocente é infeliz es virtud; pero verter copioso llanto por una alma indigna y débil, es locura. Bastante he dicho. Voy entretanto á abrazar á tu hijo, y luego nos volverémos á ver. (*Entra en el palacio.*)

Ferr. (¡Que carta será aquella!)

Leon. Yo tiemblo. (*Lee*) Amigo Oderson: « Aquella Julia, de quien me pedis noticias,

« estaba aquí ; pero hace algunos dias que
« ha partido en compañia de un tal Conde
« Dubois, y no se sabe ácia donde. — ! Mal-
« vada ! Ha brillado en nuestra sociedad, ma-
« nifestando mucho talento. Deseo saber que
« viene á ser este fenómeno. Aqui se dice,
« que su padre ha cooperado á libertarla de
« un marido tirano. Si en algo mas me
« considerais útil, disponed francamente de
« vuestro amigo. El marques de Richelieu.
« Tolon 15 de Enero de 1798." Se padece y no se muere. Muger infame ! hija indigna de un padre perverso !... Y él vive miéntras yo respiro !

Ferr. Habla de mi hija y de mí...

Leon. Ah! si mis crueles desgracias, cuando yo ya no exista, son leidas de los venideros, ¿quién las creerá? Yo la encontré en una infeliz cabaña, cubierta de míseros andrajos... Ingrata! por mí colocada en el primer rango... Hecha esposa y madre... Oh Dios ¡ Y el pérfido Ferrante !... que solo por mí tuvo el perdon del Rey ? pudo regresar á su patria, y recobrar á su hija.... Todos malvados, todos dignos del mayor castigo... Y yo quedo aun sin venganza ?... y no corro de uno á otro estremo de la tierra en busca de ambos, para arrancarles el corazon, y cebarme en su infame sangre? Oh Dios ! ¡ Qué afan ! ¡ Qué infernal situacion !

Ferr. (Oderson! ... ¡ Aquella carta !... ¡ Qué sospecha !)

Leon. Ah ! que yo no nací para los estragos, ni para la crueldad... y seria poco castigo para ellos la muerte... Vivid. ¡ Oh

pérfidos! vivid con el afan, con los remordimientos, y con la desesperacion. Y tú, mano débil, ministro inerme de un angustiado corazon, pon últimamente fin á mi desgraciada existencia. (*Saca la pistola, la amartilla y se la aplica al oido.*)

Ferr. Deteneos, insensato. (*Le sorprende y le quita la pistola.*)

Leon. Qué osadía!... Dejame.

Ferr. No... jamas.

Leon. Tiembla por tí, si insístes.

Ferr. Dadme este instrumento de muerte.

Leon. Yo soy...

Ferr. Un hombre débil, que por no poder suportar los humanos contratiempos, quereis ántes morir como un vil.

Leon. Ah! Estos contratiempos son demasiado fuertes.

Ferr. El suicidio es el recurso del desesperado delincuente.

Leon. Aborrezco la vida.

Ferr. Pero no sois dueño de quitárosla.

Leon. Quién tiene dominio sobre mí?

Ferr. El cielo, y la razon.

Leon. El primero está sordo: la segunda desfallecida.

Ferr. Hablando así, sois digno de compasion.

Leon. Acaba hombre audaz, y retírate. Vuélveme la pistola, ó en mi escesiva desesperacion soy capaz de todo.

Ferr. En vano lo esperais. (*Dispara la pistola al ayre.*)

ESCENA VII.

Ambrosio, Oderson, Luis, criados y dichos.

Ferr. Corred, corred... queria darse la muerte.
Amb. ¿Qué ha sido esto?...
Luis. Padre mio!
Oders. Amigo!
Amb. Querido amo!
Leon. (*Fiero y fuera de si.*) Apartaos todos. Nada me digais... Que yo jamas os vea! Os odio, odio la luz del dia, me odio á mi mismo: estoy desesperado. (*Vase.*)
Luis. Ah padre! padre mio! (*Vase.*)
Amb. Jóven infeliz! (*Vase con los criados.*)
Oders. (La carta ha producido su efecto.) (*Riendo y mirando á Leonardo.*)
Ferr. (Este es el pícaro.)
Oders. Buen hombre ¿qué sucede!
Ferr. Qué sé yo? Le he oido hablar de muger infiel, de suegro traidor, y ha proferido ciertas espresiones... Pero á mi no me pertenece...
Oders. Concluye sin reparo, que estás hablando con un hombre de bien.
Ferr. Así lo creo.
Oders. Y que es de Leonardo....
Ferr. Amigo de corazon.
Oders. Sin duda.
Ferr. Así lo he reparado.
Oders. Prosigue pues.
Ferr. De buena gana. Por lo que he podido descubrir, me parece que la existencia de un cierto conde Floranse incomoda al señor Leonardo.

Oders. Oh ! y cuanto !
Ferr. Quizás su muerte...
Oders. Le daria la vida.
Ferr. Oh ! esto es fácil.
Oders. De qué modo ?
Ferr. Perdonad... En este sitio, mi buen Señor... (*Mirando al rededor.*)
Oders. Tienes razon. Ven á mi quinta.
Ferr. Cuando ?
Oders. Al instante.
Ferr. No puedo.
Oders. Con que hoy mismo ?
Ferr. Está léjos ?
Oders. No mucho.
Ferr. Iré.
Oders. Sin falta ?
Ferr. He dado mi palabra y la cumpliré.
Oders A Dios, buen hombre. (*Vase.*)
Ferr. Ah ! no me engaño. Ese es el traidor. Yo espero ser el instrumento que arruine esta máquina infernal. (*Vase.*)

Fin del acto primero.

ACTO II

Zaguan ó patio rústico, con puerta de entrada en el fondo, y dos pequeñas puertas laterales con rejas.

ESCENA I.

Alejandro que sale de la puerta de la derécha con un canasto en el brazo.

Alej. Ménos mal que estaba durmiendo: así me he librado de la enfadosa retäila de marido é hijos perdidos, de suegro asesinado, y mil otras necedades, de las cuales deberia ya haberse olvidado. No obstante es moralmente imposible que salga mas de entre estos muros: jamas convendrá á mi amo darle libertad, aun despues que haya logrado sus favores... si lo hiciese, pronto se arrepentiria.

ESCENA II.

Oderson y dicho.

Oders. Alejandro, vienes de traerle la comida?
Alej. Si señor.
Oders. Procura sobre todo, si quieres complacerme, que nada le falte.
Alej. Nada le falta, señor: está bien servida;
Oders. ¿Y qué te ha dicho hoy?
Alej. Dormia con mucho sosiego, y he en-

trado de puntillas para no despertarla.

Oder. Tu actividad vale un tesoro: pero yo sabré darte la debida recompensa.

Alej. Cada dia lo haceis, y estoy muy satisfecho.

Oders. Dime ahora, ¿qué has podido indagar del criado?

Alej. Os aseguro que no existe la menor sombra de sospecha. En primer lugar, cuando se asesinó á Alberto, y fué transportada Julia á este castillo, no se halló una alma en el camino; añadid á esto la feliz combinacion de la rápida marcha de Dubois, acaecida el dia siguiente. Pobre diablo! El se lleva la culpa, y creo que no la ha visto en su vida.

Oders. Oh! cuan perfectamente supe tejer este enredo! Despues de haber dado la muerte á Alberto, y apoderádome de Julia, las sospechas de inteligencia entre Dubois y el padre de ella que yo mismo introduje en el corazon de Leonardo, me dieron doble seguridad.

Alej. Os debo hablar con franqueza? El único sujeto que me dá que temer es el Conde Ferrante. Si algun dia, resuelto á indagar mas de cerca la causa de la perdicion de su hija, llega á estos sitios, y sabe justificarse con Leonardo de la impostura de que se le acusa, acerca el estar de inteligencia con Dubois; si una vez reconciliados, escriben ambos al mismo Dubois ó á otras personas, para cerciorarse de la verdad...

Oders. Sabes tú que mis dudas han sido siempre iguales á las tuyas... mas hoy creo ha-

ber salido enteramente de cuidado y estar, como se dice, fuera de peligro.

Alej. Y por qué motivo?

Oders. Un peregrino que he encontrado cerca de la Quinta de Leonardo... Pero seria largo el esplicártelo, y ahora tengo los mas vivos deseos de ver á mi bella prisionera. Ve, Alejandro: sácala de su habitacion; condúcela á este sitio, despues pónte de observacion, y cuando llegue el peregrino avísame..

Alej. Y cómo podré conocerle?

Oders. Preguntará por mí: y á mas, es un hombre anciano, su barba larga y cenicienta, su vestido lleno de andrajos.

Alej. Entiendo. Y si Julia duerme aun?

Oders. Despiértala: mi satisfaccion es primero que todo.

Alej. Voy á complaceros (*Vase.*)

Oders. Usemos de todo el artificio posible para ablandar, si es dable, aquel corazon endurecido en las desgracias... La máscara de la dulzura no debe quitarse aun de mi rostro. Pero si de tantos cuidados como por largo tiempo he tenido que sufrir, no sacase mas que desprecios, ingratitudes y reconvenciones, volvería á mi acostumbrada ferocidad, para hacerla temblar y arredrarse. Si finalmente llega á reflexionar que ha terminado para ella todo otro objeto de cuantos existen en el mundo, mudará de opinion: mas siempre convendrá, que para lograr su tan apetecida condescendencia, yo la lisonjée en todo, y despues....

ESCENA III.

Alejandro, Julia y dicho.

Alej. (*Saliendo*) El ayre es el primer alimento de la vida.

Jul. Y por lo tanto mi primer veneno.

Oders. Señora.

Jul. Tú aquí, ó monstruo el peor de la naturaleza! Ay! tu vista me es insoportable. (*Vá á irse.*)

Oders. Deteneos, Julia: yo me iré, si mi presencia os incomoda. Creed que si un poderoso motivo, que á vos sola os pertenece, no me obligase á volveros á ver, habria sabido privar mi triste corazon de tan halagueña complacencia. Vamos, Alejandro.

Jul. Un fuerte motivo que pertenece? ¿Cuál puede ser?

Oders. Se dice que vuestro padre...

Jul. Ay de mí!

Oders. Se halla en estas cercanías.

Jul. ¿Es posible?

Oders. Y que el feroz Leonardo le hace buscar por todas partes...

Jul. Mi esposo!

Oders. Para asesinarle.

Jul. Mentís...! Mi esposo no es un asesino como vos.

Alej. (Y tiene mi amo sufrimiento para esto?)

Oders. ¿Y qué diriais, Julia, si dentro pocos dias llegaseis à saber que aquel respetable anciano ha terminado su carrera bajo el poder de un pícaro?...

Jul. Diria sin el menor recelo de engañarme : el pérfido asesino de mi padre fué Oderson. Vuestras manos estan acostumbradas al estrago ; pero no las de Leonardo.

Oders. ¿ Con que es inútil el que me fatigue en favoreceros, cuando os empeñais en hacer pasar por delitos mis buenas acciones y por virtudes los delitos agenos ?

Jul. Ni vos sois capaz de las primeras, ni Leonardo de los segundos.

Oders. A Dios pues. Tú, Alejandro, darás órden á mis confidentes para que se retiren, y sea de Ferrante lo que quiera la suerte. (*Va á partir.*)

Jul. Deteneos.

Oders. Acáso para sufrir nuevos insultos ?

Jul. Pero debo creeros ?

Oders. Haced lo que el cielo os inspire.

Jul. (¡Leonardo tan pérfido !... No es posible ; es verdad que él no amaba á mi padre. ¿ Quien sabe lo que habrá pasado entre ellos, desde que me hallo aquí presa ? podria ser... Oh Dios !) (*Queda pensativa.*)

Oders. (*Ha estado hablando al oido á Alejandro, durante la suspension de Julia.*) (Intenta á tu gusto alguna estratagema verosímil, despues que habrás escuchado desde allá fuera sus espresiones.)

Alej. (Probaré.) (*Se retira por la puerta de salida, dejándose ver de cuando en cuando por los espectadores.*)

Jul. Vos, Oderson, tan generoso á favor de mi padre ?

Oders. No juzgueis de mi corazon por el esceso de aquel terrible momento, en que, obligado por la necesidad, tuve que tras-

pasar el corazon de otro, para salvarme y apoderarme de vos. Ah! que por este solo motivo en aquellos instantes de delirio habria llegado à cometer mil otros atentados sin el menor escrúpulo. Pero si el arrepentimiento.... Oh Dios!

Jul. ¿Con que estais arrepentido?

Oders. Ah! mucho.

Jul. Pues bien, restituidme á mi esposo.

Oders. Y yo puedo?

Jul. ¿Quién se opone?

Oders. La justicia, que habiendo llegado á descubrir al asesino de Alberto...

Jul. Todos nos empeñarémos en favor vuestro.

Oders. Mi ruina seria positiva.

Jul. Dejáos vencer enteramente de tan buena inspiracion.

Oders. Despues de haber hecho tanto para merecer un favor vuestro, deberé perderos asi...

ESCENA IV.

Alejandro y dichos.

Alej. En este instante vuestro fiel criado Croch acaba de llegar con la noticia de que el Conde de Floranse se halla refugiado en la cabaña de un labrador, y añade que el mismo labrador ha venido en persona á dar avíso á Leonardo de Blecin.

Oders. Vé, envia á aquella cabaña un tropel de gente armada, y prevéngase á Leonardo. Quiero que caiga Ferrante en mis manos.

Alej. Quedareis obedecido. (*Vase.*)

Jul. Infeliz de mi! ¡Qué he oido! Y qué harás de aquel miserable anciano?

Oders. Lo que vos querréis. De vos depende su suerte. Entendedme, y resolved como discreta.

Jul. Ah! perezca el mundo, ántes que yo me falte á mi misma.

Oders. Tal vez dentro de poco sereis ménos severa.

Jul. En conservar mi honor seré siempre la misma.

Oders. A la vista de un amoroso padre...

Jul. Calla, malvado.

Oders. Cuya sangre bañará vuestros vestidos...

Jul. ¡Oh tormento infernal!

Oders. Cuya débil voz os pedirá socorro...

Jul. Oh Dios! Oh Dios!

Oders. Y cuyos moribundos ojos se volverán con indignacion ácia una hija ingrata, que podia y no quiere salvarle..

Jul. Espíritu atormentador!... No... no comprarás mi honor con estas amenazas.

Oders. Te cumpliré mis promesas.

Jul. Y yo tambien las mias.

Oders. Sabré hacerte temblar.

Jul. Pero no vencerme.

Oders. Tal vez al aspecto...

Jul. Seré firme como una roca.

Oders. Muger cruel!

Jul. Hombre perverso!

Oders. Yo siempre te perseguiré.

Jul. Y yo te despreciaré eternamente. *(Vase.)*

ESCENA V.

Alejandro, y dichos.

Oders. Vé, enciérrala, y vuelve luego.
Alej. (*Vase.*)
Oders. ¿Quién vió jamas igual obstinacion?... No mas dulzuras, ni súplicas... ira, furor, venganza... Sí, venganza formidable.

ESCENA VI.

Alejandro y Oderson.

Alej. Ahora que estais solo, os hago saber que aquel anciano ha llegado hace rato.
Oders. Muy bien... Hazle entrar... Yo me retiro un instante para recobrar mi serenidad... tú entretanto hazle compañía, y usa la acostumbrada precaucion con lo restante de la familia, á fin de que ninguno se aproxime á este sitio. (*Vase.*)
Alej. Está muy bien.
Oders. ¡Que yo no la pueda vencer! Que yo deba ceder por una muger? ¡Qué yo...! Ah! si de nada sirven la dulzura, la condescendencia y el amor, sirva la fuerza, el furor, la crueldad. (*Vase.*)

ESCENA VII.

Alejandro y Ferrante.

Alej. Entrad sin temor.
Ferr. Me habeis ántes hecho pasar por tan-

tos corredores oscuros y tortuosos, que...?

Alej. Os diré : el amo que desea la soledad y la quietud, prefiere esta á cualquiera otra morada : tampoco aquí le faltan aposentos ricamente amueblados, salones de mucho gusto, ni magníficas galerías.

Ferr. Lo creo. A un señor cómo él qué le ha de faltar?

Alej. ¡ Qué buen amo! Yo no dejaria su servicio por el de un Monarca. Ah! sì tienes la fortuna de merecer su proteccion, ya que, segun me lo imagino, no habreis venido sin motivo á encontrarle, os podreis llamar feliz.

Ferr. Lo creo; pero cómo me manejaré para congeniar con él? Vos, que le conoceis á fondo, podeis informarme, y os lo agradeceré.

Alej. En primer lugar decir siempre la verdad.

Ferr. Ella es mi Númen.

Alej. No contradecir jamas sus proposiciones.

Ferr. Y si son injustas?

Alej. Hacerse el tonto, y echarse á dormir.

Ferr. Os quedo obligado por el consejo. (¡ Qué pícaro refinado!)

Alej. Estais convencido?

Ferr. Muchisimo. (Esta es la morada de la iniquidad.)

Alej. Mi amo viene... os dejo á solas con él... hasta la vista. (*Vase.*)

ESCENA. VIII.

Oderson, y dicho.

Ferr. Beso las manos de V. E.

Oders. A Dios, buen hombre.

Ferr. Vengo á cumpliros mi promesa.

Oders. Bravisimo. Con que nuestro Conde Floranse...

Ferr. Se halla en estas cercanías.

Oders. Con que designio?

Ferr. Segun presumo, con el de justificar su conducta con Leonardo de Blecin, y defender la causa de su hija.

Oders. Entiendo: pero cómo lo sabeis vos?

Ferr. Aunque pobre, he merecido su confianza.

Oders. Como! un señor de su clase!

Ferr. Estrañais que tenga relaciones con un pobre mendigo? Pero sabed que la fortuna me fué contraria, yo fui preceptor de bellas letras en una pública universidad: entónces tuve lugar de conocerle á èl, y á muchos de sus iguales.

Oders. Oh! porque no proseguisteis en...?

Ferr. Fui destituido de mi empleo, despues de diez y seis años de servicio, cabalmente por el mismo Conde de Floranse. Bien sabeis que el fuerte siempre vence al débil; pues por este motivo perdí mi colocacion, y tuve que ceder la cátedra á un protegido suyo.

Oders. Y por este mismo motivo...

Ferr. Le odio y deseo vengarme.

Oders. ¿Qué nuevas pruebas me dais de lo que decis?

Ferr. El honor.

Oders. No es bastante.

Ferr. Y estos irrefragables testimonios.

Oders. ¡Una carta suya!

Ferr. Conoceis su letra?

Oders. Perfectamente.

Ferr. Me la escribió desde su castillo ántes que yo partiese de aquellas cercanías.

Oders. Y él os llama amigo, y os ofrece su proteccion!

Ferr. Tal vez está arrepentido de su injusticia, y busca el modo de repararla.

Oders. Y còmo habeis sabido que se halla en estos contornos?

Ferr. El mismo me ha enviado un recado. Conoce mi vervosidad, y que soy capaz de entremeterme con feliz éxito en cualquiera dificil negociado.

Oders. Os creo, y me convenzo. Decidme ahora: en que sitio se oculta?

Ferr. Poco á poco, señor. Si vos estais persuadido de mí, yo no lo estoy todavía de vos; todo trabajo merece premio en este mundo.

Oders. Entiendo: y os ofrezco una buena recompensa.

Ferr. Me basta. Sé que vuestro corazon es magnánimo y generoso.

Oders. Ahora podeis decirme...

Ferr. Conviene primero saber que objeto tienen vuestras pesquisas contra èl.

Oders. El ha ofendido á mi amigo Leonardo, y á mi mismo.

Ferr. Quereis tal vez darle la muerte?

Oders. No digo esto: pero...

Ferr. No! Siendo así os dejo, y nada, nada sabréis de mí. (*Yendose.*)

Oders. Deteneos... ¿Con que deseais...

Ferr. Verle oprimido, aniquilado, exánime.

Oders. Pues bien yo no me opongo.

Ferr. Así me complaceis... Un pèrfido que me ha quitado los medios de subsistir: que os

ha ofendido á vos, ilustre y caritativo señor...

Oders. Y que hizo espaldas á la fuga de su propia hija con Dubois...

Ferr. Aun esto mas? Viejo pèrfido y malvado!

Oders. Detestable!

Ferr. No merece compasion.

Oders. Arrancarle de la sociedad.

Ferr. Esterminarla á esta clase de gentes.

Oders. Ahora me podeis decir...?

Ferr. Qué decir! Aquí quiero que venga, aquí, aquí en este mismo sitio...

Oders. De qué modo?

Ferr. Le mandaré un billete.

Oders. Y vendrá? Estais seguro?

Ferr. Cuanto de la muerte.

Oders. Vamos á mi despacho.

Ferr. Os sigo con el mayor gusto.

Oders. Muerte al pérfido! (*Yendo delante de Ferrante ácia la puerta de la entrada.*)

Ferr. Si... muerte para los malvados. (*Entran.*)

Fin del acto segundo.

ACTO III.

Lugar subterráneo enteramente enlutado, con una grande y alta mesa en el centro, que estará igualmente cubierta con un largo tapete negro que llegará hasta el suelo.

ESCENA I.

Alejandro, que inmediatamente de levantado el telon, sale de la única parte que introduzca al subterráneo, llevando en la mano dos candeleros con velas encendidas.

Alej. Démonos prisa á preparar este fúnebre teatro. Ah! Si mi amo no recurre al rigor con aquella fiera, no sacará jamas cosa de provecho. *(Luego que llega á la escena, despues de haber puesto las luces en el suelo, empieza á quitar arrastrando la mesa, y la conducirá de este modo hasta el quinto bastidor de la izquierda.)* Esta mesa pesa mas que un diablo: pero conviene sacarla del medio... Ya otras veces he hecho semejantes translaciones para iguales objetos, y jamas he necesitado de auxilio ni asistencia de otros criados: ahora mucho ménos tratándose de esa desdeñosa muger, á quien no puedo sufrir... ¡Qué estraño modo de pensar es el suyo! Querer ser infeliz por fuerza! Pero, pronto tendrá el merecido castigo.

ESCENA II.

Oderson , y dicho.

Oders. Está todo pronto ?

Alej. Todavia no... (*Siguiendo en su tarea*) Pero poco me falta. (*Luego de haber concluido pondrá las luces sobre la mesa.*)

Oders. Quiero probar hasta donde llega su exagerada constancia. Me parece imposible no haberla aun podido separar de su obstinacion.

Alej. Las mugeres son así. Antes se dejarán descuartizar vivas , que ceder de sus ideas.

Oders. Juro al cielo , que jamas volverá á oir de mi boca espresiones de sumision , sino preceptos amenazantes y severos. Está seguro, Alejandro , de que la amaba , y siento , á mi pesar , que la amo todavía.

Alej. Siendo así, todos vuestros proyectos de severidad y de castigo serán castillos en el aire.

Oders. No , no es posible : la haré temblar , la confundiré. En vano recorrerá al acostumbrado artificio de esclamaciones , ruegos y lágrimas : yo seré sordo , inflexible á su llanto.

Alej. Así debe ser. Si os manteneis firme en este propósito , sacaréis de ello la mayor ventaja. A las súplicas , á las atentas espresiones , el sexo femenino , por naturaleza orgulloso , se endurece y obstina mas. Pero al aspecto del terror y del precipicio desmaya y tal vez por temor se debilita y cede.

Oders. Poco me lisonjeo de ello : es demasiado fiera...

Alej. Sedlo vos mas que ella.
Oders. Aproposito : aquel mendigo ha escrito el consabido billete á Ferrante ?
Alej. Hace rato. Yo lo he leido , y sus frases son de un seguro efecto.
Oders. Se le ha enviado ?
Alej. Me ha dicho que no convenia enviárselo hasta al anochecer.
Oders. Anda con cuidado , para que no salga mas de aquí ; y habiendo logrado el intento que deseamos...

ESCENA III.

Ferrante entra sin ser visto, dando á entender á los espectadores , que se encuentra mas por casualidad , que por malicia en aquel sitio.

Alej. Ya , entiendo : una copa de licor, y para èl todo se acabó.
Ferr. ¡ Qué oigo ! (*Se mete debajo la mesa.*)
Oders. Yo no quiero fiarme en testigos , que algun dia podrian hacerme temblar.
Alej. Pensais como un hombre de bien.
Oders. Aquella carta aun obra en su poder ?
Alej. Si señor.
Oders. Y dónde se halla en la actualidad ?
Alej. Le he dejado descansando en la cámara verde.
Oders. Vé presto , y háztela entregar : ántes de darla curso , quiero leerla yo tambien.
Alej. Es muy justo : al instante vuelvo (*Vase con una luz.*)
Oders. Muger ingrata ! verás dentro de poco las resultas de tu tenacidad. ¿ Con què infructuosamente habria dado la muerte á A

berto, para apoderarme de ellá; calumniado á su padre y á Dubois, y pasado tambien noches desvelado? Oh! qué rabia!...

ESCENA IV.

Alejandro presuroso y dicho.

Alej. Ah señor amo!... El peregrino se escapó.

Oders. ¿Qué dices? ¿es verdad?

Alej. He registrado escrupulosamente el aposento en que se hallaba, y la galería por donde solamente podia pasar; pero en vano. Las demas puertas estan todas cerradas, segun costumbre.

Oders. Con qué habrá huido? Si fuere un espía... Oh! qué ideas! Lo has mirado bien?

Alej. con toda escrupulosidad, repito.

Oders. Yo tiemblo.

Alej. Pero finalmente, qué puede hacer?

Oders. Revelarlo todo... perdernos á los dos... Yo le he manifestado el odio que profeso á Ferrante... De la muger... no... no he hecho mension... vacilo entre mil pensamientos... Yo mismo quiero... Sígueme Alejandro, y cierra la puerta.

Alej. Estoy en equilibrio... (*Parten con una luz y cierran la puerta por parte de fuera.*)

Ferr. (*Saliendo de debajo de la mesa.*) Que escucho, ¡Porquè impensados caminos descubre el cielo las tramas de los malvados! El, el asesino de Alberto y mi calumniador! Y aquella muger de quien ha hablado!... Sin duda es de mi hija... ¡Qué descubrimiento feliz sería este!... Mas, ¿co-

mo salir de aquí ?... Si ellos me encuentran, estòy perdido sin poder favorecer á otro, segun era mi designio... ¡Imprudente ! Ah ! mi escesivo zelo me precipita, y á ninguno salva... Pero aquellas misteriosas reflexíones !... Aquel ir, y volver ! El deseo en fin de indagar la verdad me obliga mas que otro alguno. (*Va á probar la puerta.*) La puerta está cerrada. ¿ Cómo salir de este infernal recinto ? Oigo ruido !... Ah ! no me engaño... Ellos vuelven... Conviene ocultarme de nuevo : Cielos, no me abandoneis. (*Vuelve á meterse debajo de la mesa.*)

ESCENA V.

Oderson, Alejandro, Julia vendada de ojos y dicho.

Oders. (*Arrastrando á Julia.*) Vén, pérfida: vén : Este es el campo donde puedes ostentar tu fortaleza. Yo te suministraré los medios, (Ah ! aquel era un delator sin duda. Y ha huido ? Oh que rabia ! si : habrá saltado por las ventanas.)

Alej. (Lo mismo recelo yo !) *Quíta la venda á Julia, la cual con firmeza y dignidad da una ojeada por toda la escena, registrando el sitio.*

Jul. ¿ Para qué has preparado fúnebres aparatos ? Debo morir ?... muramos.

Oders. Morirás ; pero de un modo que no esperas.

Jul. Cualquier horrible muerte me será preferible á tu odiosa vista.

Oders. Refrena tu orgullo y tiembla.

Jul. Solo los malvados, como tú, deben tem-

blar : pero la inocencia jamas.

Oders. Alejandro, al instante conducirás aquí para que sea testigo de su constancia, á su arrestado padre.

Jul. ¿Qué dices?

Oders. La verdad, pérfida: mi amor no pudo aplacarte. Resiste ahora, si puedes al ímpetu de mi furor.

Jul. Oh monstruo del Averno! Y qué piensas hacer de mi buen padre?

Oders. Traspasar con este hierro su corazon en presencia de su querida hija.

Jul. Oh inhumano!

Oders. Tú despues atada junto á su despedazado cadáver, morirás de hambre.

Jul. Cierra el lábio.

Oders. Vè; condúcele. (*á Alejandro.*)

Jul. Ah! detente.

Oders. No es ya tiempo.

Jul. Yo... oye. Oh gran Dios!

Alej. Ella desmaya, victoria.)

Oders. ¿Y qué quieres decirme?

Jul. Si salvas á mi padre...

Oders. Y bien?

Jul. Si me vuelves el esposo...

Oders. Acaba.

Jul. Entónces si... yo tal vez... (*volviendo en sí con noble firmeza.*) Ah! no... no... Pièrdase todo : pero jamas el honor.

Oders. Abre su asilo.

(*Alejandro toma las dos luces, las pone en medio del teatro, en donde espresamente estará colocada la lápida de un sepulcro, que abre.*)

Oders. (*Coge por el brazo á Julia, y la conduce hasta el sepulcro.*) Mira, mira.

Jul. Bárbaro !

Oders. Esta horrible morada de la muerte, será al instante la tuya.

Jul. ¡Qué horror!

Oders. Entre aquellos esqueletos...

Jul. Socorredme, Dios mio!

Oders. Y confundida con ellos...

Jul. Ah! yo fallezco.

Oders. Los de tu padre...

Jul. Porqué me reservó la suerte cruel para tanto terror?

Oders. La muerte te respetó hasta ahora, para conservar en ti la heroina de la constancia conyugal en la tierra.

Jul. Si, que lo soy, y sabré conservarme este renombre. Es este el camino? ya bajo. (*Baja hasta media escalera.*) Ya bajo, ó monstruos! pero temblad de la venganza de un Dios omnipotente. (*Acaba de bajar.*)

Oders. Tú lo quisiste... (*Cierra la sepultura y parte.*)

Alej. Yo cerraré la puerta para mayor seguridad. (*Parte con las luces.*)

Ferr. (*Saliendo de debajo de la mesa.*) ¡Qué he visto! ¡Qué he oido! ¡Qué horror! Se me erizan los cabellos!... Hija mia! ¿Cómo podré socorrerte!... Hay mayores desgracias para el afligido corazon de un padre?... Ah!... la desesperacion se apodera de mi: todas las furias se albergan en mi pecho, y un abatimiento de muerte... No puedo mas... yo vacilo... mis pies flaquean... Oh Dios! Oh Dios! Llegó la hora. (*Cae desmayado sobre una silla.*)

Fin del acto tercero.

ACTO IV.

Interior del Sepulcro; la escena se presentará parapetada para mayor ilusion: dentro de las paredes se verán muchos nichos ó depositos, unos abiertos, otros llenos de huesos esparcidos sin simetria, algunos esqueletos, y cràneos. La escalera estrecha apoyada sobre un arco se echa de ver en la pared del fondo, sobre la cual en una bóveda, se distinguirá la lápida ó losa que introduce á este lugar de tinieblas. Profunda noche.

ESCENA II.

Julia sola.

Jul. ¿Dónde estoy?... Qué fúnebre lugar! Qué delitos he cometido yo para verme así reducida á tan miserable apuro? Desventurada hija, esposa virtuosa y fuerte contra las insidias de los perversos!... Ah!... Con qué es verdad que hay séres en este mundo destinados á un eterno padecer sin haberlo merecido! Estoy resignada á todo... En tí solo confio. ¡O causa primera de todas las causas! Me basta. ¡O Dios mio! que se patentize algun dia mi inocencia, paraque el esposo, el hijo, el padre, todos mis parientes y amigos no sospechen de mi virtud, y no maldigan mi memoria. Preparémonos al sueño eterno sobre este fétido suelo con la misma tran-

quilidad con que me echaba sobre el mullido lecho en la grata morada de mi padre, con la esperanza de disfrutar cuanto ántes de los primeros rayos del sol. Omnipotente Dios, yo imploro tu compasion. (*Se echa como para dormir.*)

ESCENA II.

Ferrante que abre la losa, se introduce, y luego vuelve á cerrarla, y dicha.

Ferr. O cielo! dame fuerzas para poder levantar por mí solo esta pesada lápida. (*Lo consigue ahora.*) Bienhaya mil veces tu augusta providencia! En estas obscuras bóvedas, gira y llora la inocente, la desdichada hija mia! (*Va bajando con muchísima pausa.*) ¡Oh objeto delicioso de mis paternos desvelos! ¡ Será verdad que yo pueda estrecharte entre mis brazos! La muerte no se habrá apoderado todavía de tus débiles miembros, y la mano cariñosa del mas tierno padre podrá cerrar tus eclipsados ojos?

Jul. O cielo! parece que siento pasos. ¿Quièn podrá ser?

Ferr. (*Llamándola con voz baja.*) Julia.

Jul. ¿Quién me llama?... Yo tiemblo.

Ferr. (*Volviéndose al sonido de la voz, pero sin fijarse, para demostrar que se halla en una total obscuridad.*) No temas, infeliz: un compasivo mortal viene en socorro tuyo.

Jul. Seria verdad!

Ferr. No, no te engaño: toma aliento y prepárate á terminar tus dias al lado de quien

daria por ti la última gota de su sangre.

Jul. Ah ! decídme quien sois.

Ferr. El mayor de todos tus amigos.

Jul. Habeis venido tal vez...

Ferr. A consolarte y morir.

Jul. Luego la tiranía ha encontrado otra víctima ?

Ferr. No lo niego ; pero ánimo Julia : los inocentes no deben arredrarse al aspecto de la muerte.

Jul. Veo que sabeis mi nombre.

Ferr. Si , desde el dia que naciste.

Jul. Seria esto tal vez una nueva asechanza del tirano ?

Ferr. No , querida mia , no, repito que soy tu verdadero amigo : no cabe en este pecho la traicion ni el engaño.

Jul. Sacadme , por fin , de tantas dudas , daos á conocer.

Ferr. Ah mi querida Julia. (*Con voz natural.*)

Jul. Que sospecha ! esta voz penetra hasta el fondo de mi corazon.

Ferr. Y la tuya me hace derramar lágrimas de ternura.

Jul. Solamente el padre ó el marido podrian tomar tanto interes por...

Ferr. Escluye el último...

Jul. Seria posible !

Ferr. El cielo lo ha dispuesto.

Jul. Ah padre !

Ferr. Julia mia ! (*Van buscándose en las tinieblas hasta que se encuentran , y entónces se abrazan tiernamente. Momento de silencio.*)

Jul. Con que es verdad lo que me dijo el

tirano! Vos os hallais aquí para aumentar mi pena. Vuestra muerte...

Ferr. No, hija, no; no creas lo que espuso el pérfido para poder triunfar mas fácilmente de tu honor: Bien, Julia, bien; estoy satisfecho de tu conducta, ninguna otra muger hubiera resistido con mas valor que tú. Atiende: Yo me presenté en trage de mendigo con esta fingida barba y desgreñados cabellos (*Tomàndola de la mano para que lo toque*), con solo el objeto de descubrir sus intentos, y lo logré; pero cuál será la recompensa! Cuando él juraba despedazar en tu presencia el pecho de tu padre, yo lo escuchaba todo; pero no tenia siquiera una arma para cerrar eternamente su mentiroso labio: varias veces estuve dispuesto á salir, para echarle en rostro su barbarie, y varias veces una mano poderosa é invisible me detuvo, infundiéndome mayores esperanzas. ¿Que felices resultados hubiera producido semejante imprudencia?

Jul. Ninguno; obrando de otra suerte hubierais sucumbido á la fuerza sin procurarme la satisfaccion de veros y abrazaros. Mi querido padre! Con que es verdad! Vos sois!... Vos!... O alegria inesplicable!

Ferr. Ah! yo bendigo la oscuridad del sepulcro; pues ella me proporciona la felicidad de este instante; pero cielos! qué es esto! Suena ruido en el salon de luto. ¿Quièn sabe si el pérfido Oderson?... Valor, hija mia; morír ántes que cometer un delito.

Jul. Yo solo temo por vos: ¿dónde os ocultareis?

Ferr. Debajo la escalera que introduce á esta bóveda habrá probablemente un refugio para mí. Tú retirate... el ruido aumenta... vete.

Jul. A Dios, padre mio. (*Abrazándole con ternura.*)

Ferr. Dios omnipotente! A ti nada es imposible: yo imploro humildemente tu santa proteccion. (*Se retira bajo la escalera.*)

ESCENA III.

Alejandro con una linterna, Oderson y dichos.

Observan toda la escena, hasta que ven á Julia tendida en el suelo, y lo que sigue lo dicen en voz baja.

Oders. Allí la veo triste y abatida.

Alej. Si no triunfais esta vez, es inútil toda otra tentativa.

Oders. Con todo me causa compasion.

Alej. A mí ninguna; ella lo ha querido; que lo sufra.

Oders. Déjame.

Alej. Acordaos de que una seria investigacion puede perdernos: y si el viejo era una espía, como debemos creer, nuestra ruina es inevitable. Ceda ó no ceda, es preciso que muera: la pistola está bien cargada: un golpe, y los temores se desvanecen.

Oders. Tus razones me convencen, ponte de centinela en el salon de arriba, y avisa al instante, si ocurre novedad.

Alej. Dejadlo por mi cuenta: valor y resolu-

cion : sin esto todo lo hemos perdido. (*Deja la linterna y parte.*)

Oders. No sé como empezar : quisiera encontrarla condescendiente ; entónces, tal vez sentiria el perderla, pero no, mi seguridad lo exije y Alejandro me aconseja como hombre de fino discernimiento. Julia ? Julia ?

Jul. Quién me llama ? ¿ Quién viene á buscarme en medio de tantos horrores ?

Oders. ¿ Quién puede ser sino el infeliz enamorado Oderson. Es imposible que le aborrezcais hasta el estremo de proferir una lenta y espantosa muerte á los placeres de su afectuosa correspondencia ? Levántate querida mia, y mira con ojos de compasion á aquel hombre que te adora mas que á su propia vida, que se hizo tirano únicamente para alcanzar un solo favor tuyo, que te hará dueña de todos sus bienes ; y...

Jut. Basta: que pretendeis de mí ? Ya se iba cumpliendo mi destino, ya empezaba á cerrar los ojos en eterno sueño : ¿ porqué venis á interrumpirme ? Os parece todavía poca pena la muerte ?

Oders. Yo vengo á salvarte, si quieres : nada en el mundo he deseado con mayor transporte.

Jul. Vos á salvarme, cruel ! Pues quién sino vos me ha puesto en tan fatal estremo ?

Oders. Quién ? tu temeridad. Yo tengo un corazon sensible.

Jul. Mientes : los que lo tienen no se hacen esclavos de las brutales pasiones.

Oders. Tu hablas asi, porque te han educado con ciertas maximas...

Jul. Que te ofenden, porque son hijas del honor. Por caridad déjame en paz en esta bóveda: ellas son el único asilo que puedo apetecer.

Oders. Y el esposo, y el hijo ¿no deseas volverlos á ver?

Jul. Inhumano! porqué aflijirme con tan triste recuerdo: yo estoy muerta para el siglo, y ellos murieron tambien para mí.

Oders. El siglo puede recobrarte, y ellos prodigarte sus caricias.

Jul. Si ha de ser á costa de la infamia nada deseo. Evítame el rubor de la proposicion.

Oders. Con que no hay remedio? Te has empeñado en ser infeliz?

Jul Me he empeñado en ser honrada.

Oders. Y te decides á morir?...

Jul. Si: de hambre, segun tu bárbaro decreto.

Oders. No; no puedo concederte tanto tiempo. Cada minuto que repite de mas, será funesto para mí: mas pronto con esta pistola..,

Jul. Aquí está mi pecho.

Oders. Ingrata.

Jul. Hiere, y cébate de una vez en mi inocente sangre

Oders. Pues bien; ya que ni las promesas, ni el amor, ni la dulzura pudieron nada contigo, vas á morir por mi mano: conduce á las eternas sombras tu fatal virtud. ¿Quién podrá salvarte en este instante de mi furor?

Ferr. que poco antes habrá salido de su escondrijo, le salta precipitadamente encima

y le quita la pistola, diciendo. El cielo y yo. (*Luego se apodera de la linterna y se advierte que todo deberá ejecutarse con mucha prontitud.*)

Oders. con espanto. Ah!

Ferr. Julia, precédeme.

Jul. Os obedezco.

Oders. Deteneos.

Ferr. Eres muerto si das otro paso mas.

Jul. O feliz casualidad! (*Subiendo la escalera.*)

Oders. Y quien eres tú?

Ferr. El ejecutor de la Justicia divina. (*Llegan arriba, abre la lápida, y se oye un pistoletazo.*)

Oders. Qué desgracia! todo se perdió. No hay remedio para mí.

Fin del acto cuarto.

ACTO V.

Decoracion como en el acto tercero.

ESCENA I.

Leonardo y Ambrosio acompañados de Francisco y otros criados de Oderson. Estos últimos sacarán varias luces.

Franc. Este debe ser el asilo impenetrable, en donde pasa la mayor parte del dia en compañía de Alejandro su confidente y amigo; y donde ha bajado sin duda esta mañana.

Leon. Con todo, aquí no se encuentra; y parece que no se puede salir de esta estancia, sino por la misma puerta por donde hemos entrado. No sé lo que pensar: en el bosque mas inmediato al castillo, un hombre y una muger que se internaban precipitadamente: aquí en el fondo de este largo y obscuro corredor, un hombre herido cuasi espirando: mi amigo que no parece: vete, vete, Ambrosio: ve, ve á unirte á los soldados de Oderson; procura alcanzar á los fugitivos, deténlos y condúcelos aquí.

Amb. Obedezco: espero poderlos presentar dentro una hora. (*Parte.*)

Leon. Vosotros acudid al herido, y prestadle todo el socorro posible. (*Parten los criados*) O mundo! en todas partes las desgracias afligen los corazones de los hombres: aquí se escuchan los mas tristes ge-

midos, porque la inexorable parca ha privado á un hijo del mas tierno padre; allí se derraman amargas y copiosas lágrimas porque la inconstante fortuna ha quitado á un amoroso padre los medios de alimentar á sus queridos hijos. Lo he dicho y lo repito; la muerte es un alivio para el hombre. (*Se oyen algunos golpes debajo de las tablas.*) Qué oygo !... ¿Quién dá estos golpes ?... En tal sitio !... O Dios !...

Oders. Socorro.

Leon. Una triste voz... de dónde viene ?... Algun desgraciado, pero tal vez... no, no.. debajo de mis plantas... (*Se repiten los golpes.*)

Oders. Socorro, socorro.

Leon. ¿Dónde te hallas, infeliz ? ¿A quién buscas ?... Ah !..: no me engaño : esta es una lápida sepulcral : todo lo comprendo : espera, espera, y te daré el socorro que deseas. (*Va levantando la lápida con mucho trabajo.*)

ESCENA II.

Oderson que sale de la sepultura pálido y temblando, y dicho.

Oders. ¡O Dios !... respiro.

Leon. Oderson !... Tù !...

Oders. Oh Leonardo ! Oh dulce amigo mio !

Leon. La lividez de la muerte está impresa en tus labios !... Cómo ! Tú en aquel recinto ! no comprendo...

Oders. Todo te lo diré... pero dejáme respirar.

Leon. ! Qué misterios !...

Oders. Pero dime ántes... como te encuentro aquí !

Leon. Venia en busca tuya : tus críados me dijeron que algunas horas ántes habias entrado aquí ; y me interné para darte noticia de una novedad interesante.

Oders ¿ Cuál puede ser ?

Leon. Qué el pérfido Ferrante se halla en estos alrededores.

Oders. Ah !... demasiado.

Leon. Cómo ! ¿ Lo sabes tú tambien ?

Oders. Mejor que tú, mejor que todos. (*Astucia é intrepidez.*)

Leon. O santo Dios !... satisface, amigo mio, mi deseo, habla por caridad.

Oders. No bien te hube dejado esta mañana, cuando para aliviarme un tanto de la tristéza que me habia infundido tu desesperacion, me entregué al divertimiento de la caza. Llegando al vecino monte, me disponia á desatar mis galgos, cuando un agudo y lastimoso grito viene á herir mis oidos : mando detener á mis compañeros y me dirijo apresuradamente ácia el lugar de donde salía la voz : ¿ asi me dejas ingrato (esclamaba una muger llorosa y desconsolada.) ¿ Cómo tienes valor de abandonarme, despues de haber formado tus delicias por espacio de tanto tiempo ? « Pobre hija mia ! añade otra voz no ménos lastimosa que la primera.» Dejadme importunos, prorumpe otro en tono amenazador, dejadme, os desprecio y abomino.

Leon. ¿ Quién era este que asi los despedia ?

Oders. El infame Dubois.

Leon. Que escucho ! luego el otro ?...

Oders. Ferrante.

Leon. Oh rabia ! y la muger?...

Oders. Tu esposa...

Leon. Eterno Dios !...

Oders. Julia y Ferrante, asiéndole del vestido, querian á la fuerza detenerle ; pero él amenazándolos con dos pistolas, se libra de sus repetidas instancias, monta á caballo, y desaparece. Luego me acerco á los dos que quedaron, me doy á conocer ; les ofrezco hospitalidad, los conduzco á mi castillo. ¡ Ah ! quién es capaz de conocer el corazon del hombre ?

Leon. Acaba, acaba, amigo.

Oders. Suplicaron que los escondiese en un lugar retirado ; porque temian con razon que sabedor tú de su llegada, vendrias á completar en ellos tu venganza. Este recinto que ves, les pareció todavía demasiado espuesto, lo que me obligó á abrir esta lápida sepulcral que introduce á las bóvedas donde descansan las cenizas de mis antepasados. Precedidos por mi, se disponian á bajar la escalera que ya habia yo bajado, cuando siento repentinamente cerrarse sobre mi cabeza esta pesada losa y poco despues un pistoletazo.

Leon. Indignos! Y què es lo que entónces imaginaste ?

Oders. Que mi criado leal me habia vengado, ó que habia quedado víctima de los malvados.

Leon En efecto el infeliz se halla espirando.

Oders. (Respiro.) Qué dices? Vamos á socorrerle.

Leon. Detente, alguien se acerca.

ESCENA III.

Ambrosio, varios criados con luces, Julia, Ferrante y dichos.

Amb. Mi querido amo!
Leon. Y bien, Ambrosio, los fugitivos...
Amb. Están en mi poder.
Leon. Pronto, que se presenten.
Amb. Entrad. (Yo tiemblo.)
Jul. Querido esposo... (*Con transporte.*)
Leon. Si: ella es. (*Con sumo dolor*)
Jul. Con que en fin te veo... O alegria !... (*Cae en los brazos de Ambrosio.*)
Ferr. Aquí Leonardo !... ¡ Como terminará esta escena !
Leon. Ay en que estado la vuelvo á ver ! Y tú...
Ferr. El cielo finalmente ha querido...
Leon. Cierra el mentiroso labio.
Ferr. De que me acusas?
Leon. De mil delitos, todos enormes, execrables.
Ferr. Estás preocupado.
Leon. Y te atreves todavía...
Ferr. Si; á asegurarte de mi inocencia, y la de mi hija...
Leon. Calla, no prosigas.
Ferr. Mírala en que estado...
Leon. En el que tú la precipitaste.
Ferr. Has sido engañado...
Leon. Por tí unicamente y por la culpable Julia.
Ferr. Ella vuelve ya...
Leon. Peor para ella, peor para todos.

Ferr. Qué piensas hacer infeliz ?

Leon. Lavar con vuestra sangre mi deshonor.

Jul. Cielos ! Qué escucho !

Ferr. Pues cèbate de una vez en ella : aquí está mi pecho , hiere.

Leon. Si, muere, hombre vil y desgradecido... (*Se dispone á herirle.*)

Jul. A detente, y líbrame á mi primero de esta desgraciada existencia.

ESCENA IV.

Francisco y dichos.

Franc. Señores, el infeliz Alejandro, habiendo recobrado momentáneamente el habla y los sentidos, á fuerza de nuestros remedios, desea ser introducido aqui ántes de morir.

Oders. Aquí ! No tengo ahora tiempo de escucharle.

Franc. No se dirige á vos unicamente, sino...

Oders. Basta, esta tarde podrá...

Leon. Qué dices, Oderson ? Venga, venga pronto, es muy sagrada la voluntad de un moribundo.

Oders. (Estoy perdido.)

Ferr. Te turbas, ó monstruo de la naturaleza, porque ha llegado el momento de que la pura verdad arrebate la máscara á la pérfida hipocresía ? Un hombre en las ansias de la muerte, no puede mentir, y tal vez se dirije aquí para minorar sus remordimientos, confesando sus delitos y los tuyos. Tiembla, si, tiembla : el cielo es justo ; nunca padece la inocencia bajo su divina proteccion.

ESCENA V.

Francisco y criados conduciendo á Alejandro moribundo, y *dichos*.

Oders. A qué vienes, infeliz! tu desgracia me parte el corazon, y quisiera poderla remediar á toda costa.

Alej. Qué voz... es esta... que aumenta mi dolor?...

Oders. La de tu buen amo...

Alej. Basta... huid... huid... de mi presencia.

Oders. Cómo! Y te atreves?:..

Alej. Leonardo... Leonardo... á este busco, dónde se halla?

Ferr. Muy cerca de tí...

Alej. Por favor... que se acerque, que pueda imprimir un beso... sobre su mano, y moriré tranquilo.

Leon. Qué querrá decirme?

Ferr. Esta es la mano de Leonardo: habla con franqueza.. nada temas...

Alej. Perdon, señor: sabed que vuestra esposa...

Oders. Porquè pierdes el tiempo, amigo mio, escuchando los delirios?...

Ferr. Delirios! Delirios! verdades incontrastables, que te llenan de asombro, y pintan à un tiempo en tu agitado rostro el terror y la desesperacion: prosigue Alejandro, salva la inocencia; y el cielo se abrirá para tí.

Alej. Si: sabed que vuestra esposa... se halla inocente del todo cuanto la acusan.

Leon. Es posible!

Alej. Su fuga con Dubois... fué una calumnia..

(*Franc. á los criados*) Compañeros, ya os lo decia yo, que nuestro amo era un perverso...

Alej. Una calumnia inventada por Oderson... y por mí... que fuimos igualmente los asesinos de vuestro padre... y autores de un sin número de maldades.

Leon. Cielos! Y tú!...

Ferr. Dejadle terminar...

Alej. He dicho cuanto debia... no puedo proseguir... perdonadme.. Y vosotros... compañeros mios... no obedezcais á un amo delincuente... yo muero... infeliz... (*Muere*)

(*Leon. deja repentinamenre á Alejandro y furioso coge de la mano á Oderson.*) Ven, ven acá, dame razon de tu conducta...

Oders. Yo no me humillo á una justificacion.

Leon. Ah infame!

Oders. Moderacion ó tiembla: estás en mi castillo, y rodeado de mis gentes. Ola.

Leon. Tus gentes te conocen, y todos están dispuestos á favorecer la causa de los justos.

Oders. Francisco, criados, apoderaos de estos traidores, matadlos.

Franc. Yo soy un criado, no un verdugo. Os conozco, y os abandono á vuestro destino. Compañeros, el que quiera acreditar que está inocente de los crímenes de Oderson, póngase al lado de Leonardo y defienda la justicia (*Todos los criados abandonan á Oderson.*)

Oders. O desesperacion! O funestos efectos de un amor desordenado!

Jul. En efecto; el amor le indujo á todos estos escesos.

Leon. Malvado! todos los hombres están espuestos á errar; pero el arrepentimiento es propio de los pechos honrados y sensibles: tú no conoces esta virtud, alivio de los delincuentes. ¿Quien te hubiera creido capaz de tal barbarie? Qué te hizo mi pobre padre, para quitarle la vida? Qué te hizo esta infeliz muger? Que derecho tenias á su correspondencia? Y la amistad? — La amistad! Bárbaro! Tú empleabas su nombre, para completar los horrores y los asesinatos: yo debiera arrancarte el corazon; y hacer que tu desconocida sangre corriese á confundirse con los restos de tus abuelos, cuya memoria has infamado con tus crímenes, pero no; tu muerte se debe á la vindicta pública; yo te consagro al rigor de las leyes. Caiga tu cabeza por la mano de un verdugo y sirva de ejemplo á los bárbaros que, como tú, ofenden todas las leyes del cielo y de la naturaleza. Amigos, vosotros que tuvisteis la desgracia de ser criados de un monstruo: apoderaos de él, encerradle en el aposento mas seguro de su casa, y esperemos que el gobierno disponga de su persona (*Los criados le llevan*) Julia, Ferrante, amigos, perdonadme: sean mis lágrimas una prueva del dolor de haberos insultado: si teneis compasion de mis penas, demostrádmelo con un tierno y cariñoso abrazo.

Jul. Amado esposo... (*Le abraza.*)

Ferr. Querido hijo! (*Le abraza tambien.*)

Leon. Cielos! ya soy feliz.

Fin del Drama.